

RETRATO DE UN JEFE

Se pasó un año yendo al colegio con un pantalón de pana verde (por entonces no estaban de moda ni el verde ni la pana), chaqueta turquesa y suéter rojo con cenefas negras; y se ganó el apodo de Bandera, porque siempre iba de un lado a otro dando brincos y, de lejos, parecía que donde estaba tuviese que haber un desfile de banderas. En el colegio, cuando tocaba redacción, me suplicaba que le dictase el principio y la conclusión, «me basta con el principio», decía, «y cuatro palabras bonitas para el final». Y como yo se la dictaba entera, me lo compensaba durante las concentraciones de los sábados, porque él era cadete y estaba al mando de nuestra escuadra, nos hacía marchar por el patio y de vez en cuando me llamaba por mi nombre con la voz vibrante de ira y añadía «cambia el paso, que lo llevas mal, mira que eres cabezota». Durante las concentraciones se cabreaba de tal modo que luego en el colegio yo le decía «como ganemos la guerra, como mínimo te hacen federal», se lo decía con convicción, y él también se lo creía: entornaba los ojos y me miraba como desde las alturas. En las manifestaciones siempre era el primero, y entre el color de la ropa y el de la bandera, que siempre se las arreglaba para portar, parecía un muestrario de pinturas.

Me había olvidado de él, hacía unos quince años que no lo veía y sin aquellas ropas no lo habría reconocido, cuando un

compañero del colegio con el que me encontré en Palermo me dijo «estoy aquí con el Bandera, es un pez gordo y se está ocupando del traslado de mi mujer».

—¿Y cómo le va? —pregunté.

—Es secretario del partido en su pueblo —me dijo—, alcalde y presidente de una cooperativa agrícola; está bien casado y ahora es rico; los capitostes de su partido lo tienen en buena consideración.

—Me gustaría volver a verlo —dije.

—Hecho —dijo—, iremos a comer al Castelnuovo, hemos quedado a la una: es una buena oportunidad, podría hacerte algún favor...

A la una fui al Castelnuovo. No estaban: me puse a leer el periódico. En un momento dado oí «dichosos los ojos», bajé el diario y me encontré cara a cara con un hombre elegante, con gafas de montura dorada y el cabello cano en las sienes. Fue como si hubiese girado un caleidoscopio y de repente una girándula de colores se hubiese concentrado en un espacio más pequeño: todos los colores que quince años antes vestían su cuerpo se habían coagulado en la corbata, el rojo, el verde, el negro y el turquesa, y me quedé contemplándola fascinado mientras nos estrechábamos la mano.

—Te veo bien, ¿sabes? —dijo—. Tú siempre igual, en cambio yo...

—Tú también estás bien —dije—, algo cambiado, pero bien. Me han dicho que te ha dado por la política.

—Oh —dijo—, no me hagas hablar: trabajo, sacrificios, ni un momento de paz. ¿Y para qué? A ti sí que te envidio: vas tus horas al colegio, escribes tu articulito, tienes tus vacaciones... Si vieras cómo tengo la casa: parece la casa del alcalde, nunca mejor dicho. No tengo ni un minuto de respiro.

—Tendrá sus satisfacciones —dije yo.

—Eso no te lo puedo negar —dijo—; en el pueblo me respetan y me temen; la prefectura es como mi casa; y luego está el partido, me llevan en palmitas en el partido. Y en cuanto a las amistades ni te cuento: el ministro y yo... somos así —dijo entrelazando los índices derecho e izquierdo—, cuando voy a Roma me monta una fiesta, y se ofende si me voy a un hotel, quiere que me quede en su casa. Y no es el único, todos me aprecian: saben que soy espabilado, que sé apañármelas. Mi pueblo era un hormiguero de comunistas, ¿sabes?: pues lo he dejado que parece un convento.

—¿Y cómo lo has hecho? —pregunté.

—Por las buenas y por las malas. Antes de la mía —me explicó— había habido dos administraciones comunistas: ni obras públicas, ni empleo; las cuentas del ayuntamiento estaban tan secas que los empleados se pasaban hasta seis meses sin recibir el sueldo. Finalmente, la gente del pueblo abrió los ojos y votó por nosotros en las últimas elecciones. Y empezaron a llover millones para casas, carreteras y alcantarillas; el pueblo está tan nuevo que cuesta reconocerlo, las calles están todas enlosadas y hasta las iglesias son nuevas. Eso sí, quien quisiera trabajar tenía que traerme el carné de comunista y el del sindicato, vinieron todos que parecía una procesión. Si todo el mundo hiciera lo mismo, los comunistas desaparecerían de un día para otro, te lo digo yo.

Me quedé mirándolo en silencio. Entonces, presa de una duda repentina me preguntó:

—Pero tú no eres comunista, ¿no?

—No —dije—, aún no.

Eso pareció tranquilizarlo.

—Yo —continuó— soy integralista.

Se lanzó a explicarme qué era el integralismo, en concreto su integralismo. Y con ello obtuve la certeza de que aunque las cosas hubieran cambiado, y el fascismo de antaño hubiera caído, él había conseguido encontrar su camino.

Entró en el restaurante una mujer sola, estupenda, y el integralismo del Bandera empezó a farfullar. Como no lograra volver a alzar el vuelo, decidió cambiar de tema.

—¡Menuda mujer! —dijo—. No me importaría echar una cana al aire con una mujer como esa; si no estuviera con vosotros, sería cosa hecha.

El otro compañero y yo le dijimos que no hiciera cumplidos, que si quería, fuera a abordarla, que nosotros nos iríamos sin esperar ni siquiera el café.

—No —dijo—, me apetece pasar un rato con vosotros. Además, luego tengo que ir a ver al monseñor...; cuando vengo a Palermo siempre pasa lo mismo, voy de acá para allá con la lengua fuera, a las tres con el monseñor, a las cinco entrevista con el presidente, luego con los de la contrata. Por suerte en el hotel no falta alguna que otra muñequita, y el camarero me las deja ya listas dentro de la cama; todas las mañanas el camarero este me dice «señor, ¿esta noche el jarabe de siempre?», y yo le digo «sí, pero de otro color, a ser posible», y todas las noches me encuentro a una mujer distinta, cinco mil liras y listo. Para mí las mujeres son como la comida y la bebida, ¿sabes?: al menos una al día.

—Pareces un personaje de Brancati —dije.

—¿Quién es Brancati? —preguntó.

—Un escritor siciliano —le expliqué—, el que hizo los guiones de *Años difíciles* y *Años fáciles*. —Y es que hablarle de libros habría sido perder el tiempo.

—*Años difíciles* la he visto, creo —dijo arrugando la frente por el esfuerzo de memoria—, sí, la he visto, es aquella que cuenta la historia de un empleado municipal y que no hace más que chascarrillos a costa de los fascistas; sí, una de esas películas... Menos chascarrillos, digo yo, que si Mussolini hubiera ganado la guerra me gustaría haber visto a todos esos.

—Habrían terminado en la cárcel —dije yo.

—Ya lo creo que sí —dijo—, y si quieres que te sea franco, yo también los metería en la cárcel; son gente dañina: una vez leí un periódico donde se mofaban del discurso de un cardenal, para que veas; de un cardenal, nada menos: son unos delincuentes. La libertad, dicen: ya les enseñaré yo la libertad, desde una ventana con barrotes se la enseñaré.

No respondí.

—La ordeñaría un año entero —dijo, pero lo decía por la mujer, que había pasado rozando nuestra mesita de camino al baño.

Nos tomamos el café. El Bandera quiso pagar la cuenta de los tres.

—Perdonad —dijo—, pero me toca a mí: para una vez que nos vemos, además...

Calló, a lo mejor iba a decir que era rico.

Ya fuera nos despedimos.

—A este paso, cualquier día te ponen de diputado —dije tan convencido como cuando le decía que llegaría a federal.

—Entre nosotros —dijo—, si quisiera, ya estaría en la cámara, pero por ahora no me conviene, quizá más adelante.

Llamó a un taxi con un gesto imperioso. Mientras el chófer le abría la puerta apoyó una mano protectora en mi hombro.

—Oye —dijo—, si te hace falta cualquier cosa, ya sabes:
sea lo que sea te lo arreglo, ya verás.

1956